

455-456 OPUSCULUM VIGÉSIMO PRIMERO. SOBRE LA HUIDA DE LAS DIGNIDADES ECLESIAÍSTICAS.

ARGUMENTO.

Elogia a un cierto monje por haber renunciado a la dignidad de abad, destacando su prudencia: y le presenta las gravísimas molestias, preocupaciones, cargas de trabajo y peligros que llenan la vida de quienes presiden monasterios, concluyendo de manera clara y verdadera que tales dignidades no solo no deben ser deseadas, sino que deben ser evitadas al máximo. Sin embargo, escribe que al mismo monje le queda la tarea no menos ardua de repeler y superar las tentaciones que el demonio le infligirá (quien intentará de todo para llevarlo al arrepentimiento de su hermosa acción). Por lo tanto, le aconseja que se prepare valientemente para enfrentar los ataques del enemigo, para que no sea necesario que, si actúa de otra manera, vuelva a caer en las olas de la ambición.

Al muy religioso abad Dom B., PEDRO, monje pecador, el servicio debido de la servidumbre.

Queridísimo Padre, doy gracias al Dios autor de los bienes, quien te enseñó por su espíritu a desechar en estos tiempos peligrosos la vara seca de la vana preeminencia, y a apresurarte con pasos decididos hacia la custodia privada de tu alma. Ahora verdaderamente has comenzado a ser mi abad, ya que has dejado de presidir sobre otros. He aquí que, liberado del yugo de la servidumbre múltiple, has sido restaurado a la libertad genuina por la misericordia de Dios. Pues era necesario que fueras siervo de los asuntos seculares, y también siervo de los monjes. De aquellos, para que no dañaran el monasterio; de estos, para que no generaran un escándalo de facción conspirada contra ti. Temías a aquellos, para que no saquearan los bienes de la casa de Dios; y a estos, para que no urdieran maquinaciones de sedición doméstica contra ti. Y mientras una cabeza está sometida a tantos amos, el alma infeliz está encadenada de tal manera que no puede seguir las huellas de su Creador. Dime, Padre, dime, como quien ha experimentado: ¿quién puede en este siglo de hierro gobernar un monasterio sin peligro para su cabeza? ¿O quién puede poseer al mismo tiempo el cargo de abad y ser monje? Pues tan pronto como alguien comienza a ser abad, deja de ser monje, y cualquiera que aspire al culmen de la abadiato no es otra cosa que alguien que busca desechar al monje como un peso insoportable, y para no parecer apóstata, quiere cubrirse bajo el falso color del gobierno. Evidentemente, para que el pecado pueda ocultarse, se busca el argumento de la preeminencia; y se superpone la piel viciosa del oficio pastoral, para que la llaga de la mente perversa se oculte con los fétidos pus de las úlceras. A quienes ciertamente les conviene adecuadamente aquello del evangelio: «¡Ay de vosotros, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres; pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia (Mat. XXIII).»

[SOBRE LA HUIDA DE LAS DIGNIDADES ECLESIAÍSTICAS.]

CAPÍTULO PRIMERO. Que la condición de los rectores de almas es miserable.

Se le ordena al monje que muera al mundo, pero ¿de qué manera cumple esto el abad, que está oprimido por tantos tumultos de preocupaciones, enredado en tantas complicaciones de asuntos seculares? ¿Que pasa el día hablando y tratando diversos asuntos, y la noche la divide en consejos? ¿Que no se preocupa por cumplir con otros, y para cumplir con el oficio de la primera sinaxis, siempre anticipa el amanecer: y cuando el silencio del convento de hermanos

se rompe en común; él entre ellos nunca lleva saliva virgen? Ni la lengua, ya disuelta en tan largas ambigüedades de locución terrenal, es ya idónea para pronunciar el discurso celestial.

Por otra parte, cuando se le ordena al monje no desear nada en este mundo, no ambicionar absolutamente nada; ¿qué tiene de monje aquel abad que vemos arder, como si eructara llamas etneas, con las antorchas de la avaricia, expandir los confines de las propiedades, recoger dinero aquí y allá con tanta avidéz, anhelar con todos sus deseos adquirir lo ajeno? Para quien lo que tiene no es nada, a menos que también se esfuerce por encontrar lo que le falta. Para quien el monasterio se convierte en un hospedaje, y el lomo del caballo es su morada diaria; los guantes, las espuelas, el látigo, las bridas, y si hay otros utensilios para montar, nunca se marchitan por el desuso ocioso, mientras que los ornamentos sacerdotales, con los que se sirve a los altares sagrados, a menudo se encuentran comidos por las polillas. ¿Qué foros, qué tribunales pueden encontrarse vacíos de abades? ¿Qué corte, qué alcobas de príncipes no se ven excavadas por las varas de hierro de los abades? El umbral de la corte se desgasta continuamente con las huellas de los abades, y sus quejas o disputas se imponen importunamente en los oídos de los reyes. No evitan los campamentos de los guerreros, sino que bajo la apariencia de una paz intermediaria, a menudo se ve a los encapuchados desgarrados y comprimidos entre las filas de los soldados con casco. Quien quiera saber qué se ha hecho en el negocio forense, no busque en los tribunales de los jueces, sino más bien en las posadas de los abades; lo que se hace en el mundo, se les pregunta a ellos como a maestros de los asuntos seculares. Pero cuando el Señor dice: «Guardaos, dice, de que vuestros corazones se carguen de glotonería, embriaguez y preocupaciones de esta vida (Luc. XXI).» Y de nuevo: «Nadie puede servir a dos señores (Mat. VI; Luc. XVI).» El Apóstol también clama concordemente: «Nadie que milita para Dios se enreda en los negocios seculares, para agradar a aquel que lo alistó (I Tim. II).» Quien voluntariamente busca el gobierno del monasterio lleno de tantas acciones terrenales, ¿qué otra cosa se cree que hace, sino que, como ya cansado, aborrece llevar más la milicia de Cristo? y mientras rehúsa llevar el yugo de Cristo, que ciertamente es suave (Mat. XI), con un cuello tierno, no aspira a su banquete de refrigerio. Este refrigerio, ciertamente, se promete a aquellos que no se cansan bajo su yugo ligero: «Venid, dice, a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Ibid.).»

Sin embargo, quien antes de la misión quiere soltar el cinturón de la milicia, no merece alcanzar la ciudadanía de la patria celestial; y a quien le es pesada la lucha, nunca podrá obtener la corona de la victoria. Aquel especialmente, que para evitar el trabajo de la milicia, ansiosamente anhela el liderazgo de la misma milicia; y mientras se le ve ser el líder de la guerra a los ojos humanos, en la vista del juez oculto se le juzga como un traidor infiel. Pues huye quien, para evitar realmente el peligro de luchar, finge llevar el estandarte en la posición de abanderado: y quien no podía ir entre las filas de los soldados, ya se le ve en el cuerno delantero como primipilo por el deseo de liderar. Infeliz, no recordando aquello que el Espíritu Santo clama terriblemente por boca de San Benito (B. BENED. Reg., c. 2): «Quien asume el gobierno de las almas, prepárese para rendir cuentas.» Y de nuevo: «Sepa, dice, que el abad dará cuenta a Dios, el juez más justo, de todos sus juicios.» Y también en otro lugar: «Sepa el abad que la culpa del pastor recae sobre él, cualquier falta de utilidad que el padre de familia pueda encontrar en las ovejas. Pues quien quiere ser juez de almas, no sabe cuán duro, cuán estricto juicio le espera.» Pues como dice la Escritura: «El juicio más duro será para los que presiden (Sab. VI).»

CAPÍTULO II. Que el arte de presidir se aprende fácilmente, pero se cumple con dificultad.

Veo una cosa en estos nuevos abades que me admira profundamente. Pues quien durante diez años, o más, bajo el gobierno de otro, nunca pudo llegar a este conocimiento, para parecer perfectamente monje: ahora, el mismo día en que se le establece en la preeminencia; asume tan rápidamente la apariencia de quien preside, expresa tan majestuosa autoridad de quien domina, que no dirías que es un abad recién elegido, sino nacido. Se vuelve de repente severo en el rostro, imperioso en la voz, agudo para reprender, pronto para juzgar. Si él ofende, ya completamente ignorante de la satisfacción, se niega a sentarse, a menos que sea en una silla octogonal, preparada como si fuera una curul senatorial en la corte. Según el arbitrio de su voluntad, ordena que se hagan estas cosas, prohíbe aquellas con vehemencia, ata, desata, acerca, aleja: y en todo esto no busca consejo de nosotros los más jóvenes [f. los mayores]; sino que, suficiente para sí mismo, dispone las leyes de su propia antigüedad. A los devotos y sumisos les promete gracia, pero a los que se oponen les amenaza con la venganza de una severa represalia; de modo que parece más actuar en los fascés prefecturales que servir al oficio de la humildad eclesiástica. Sus fauces se sienten náuseas al recibir los alimentos comunes con nosotros, es necesario que los cocineros preparen más y diversos manjares para un solo vientre. Pues el alimento grueso, que se saca del caldero común de los hermanos, se juzga indigno de su delicado paladar, y del hombre más delicado. Recién salido del dormitorio, no puede descansar a menos que tenga una habitación secreta y singular. Aunque joven, aunque fuerte de cuerpo, no sabe caminar si le falta el bastón con el que debe sostenerse.

En estas y muchas otras cosas que sería largo de enumerar, se convierte tan rápidamente en maestro, que en toda la regla de presidir, como un antiguo Padre, no parece ofender en nada. ¡Cuán hábilmente, cuán imperiosamente sabe ordenar todo, como con cierta autoridad de majestad, quien durante mucho tiempo como súbdito nunca supo obedecer a sus preceptores! Pues diría que el arte de presidir es enseñable, que se aprende tan fácilmente; que cualquiera, incluso torpe para otras cosas, tan pronto como comienza, se aprueba como maestro muy experto en ella: y, para que se mantenga más firmemente, no solo proporciona rápidamente el conocimiento de sí mismo, sino que también borra por completo de la memoria de su alumno el arte de obedecer, que es diferente de sí mismo. Por lo tanto, muchas cosas amenazan a los rectores de los monasterios, por las cuales, ya sea por la misma licencia de inmunidad que los seduce, caen voluntariamente: o por la necesidad de la perturbación mundana, incluso contra su voluntad, ofenden.

Pero supongamos que ninguna molestia secular los golpea, que toda tormenta de olas mundanas se calma por todas partes, ¿quién puede soportar los males de la sedición interna, y soportar solo las molestias de los monjes? ¿Quién puede satisfacer tantas y tan diversas voluntades? ¿Quién puede componerse a sí mismo a través de tan diversos monstruos de formas? Pues decretan que su prelado debe vivir espiritualmente, pero lo obligan a sudar durante todo el día en los negocios de causas seculares; para que no se pierdan los bienes eclesiásticos, para que la casa de Dios, que Dios no lo quiera, no decline de su estado de integridad: y soportan más tolerablemente, si por la ausencia del abad toda la disciplina de la institución regular se desmorona, que sufrir la pérdida del beneficio de la utilidad eclesiástica. Si corrige los vicios de los delincuentes con el juicio de una severa reprensión, es impío; si actúa con ellos más indulgentemente, se le considera ajeno al celo de Dios; si alguna vez se restringe con la censura del silencio, se dice que cuando el pastor enmudece, el lobo invade el rebaño. Hablaré un poco más libremente. ¿Con qué cara puede ordenar a otros que guarden silencio, cuya lengua parlanchina declama con continua verbosidad? Cuando ayuna, se dice que busca el favor de la alabanza humana, cuando come, se dice que es padre de su vientre, pero padraastro del ajeno. Cubierto con vestiduras más lujosas, se dice que busca la vana

gloria; contento con la extremidad y la vileza, se dice que deshonra el monasterio. Si el sermón de la predicación se prolonga, se escupe, se desprecia: y se dice que provoca más el sueño que puede ser adecuado para la edificación. Pero si el discurso es breve; dicen que lo que no estudió guardar en su propio vaso, no puede ofrecerlo a otros; y la fuente, que se seca en las venas de su curso oculto, no derrama abundantes ríos a través de las tuberías.

Hay una cosa que los monjes valoran mucho sobre su abad, y lo elevan con los más altos elogios, a saber, si puede influir en los poderosos del mundo; si tiene la libre facultad de dañar y ayudar; si no se avergüenza de hablar en la multitud y de llevar sus propias causas. De ahí que en nuestro tiempo los monjes no quieren que nadie les presida, a menos que sea de estatura alta y de títulos ilustres de antepasados. Sea santo, sea brillante con el resplandor de todas las virtudes; sin embargo, careciendo de esos dones de la naturaleza, si se presenta a Antonio, con la voz unánime de todos se decreta indigno de elección. Añade también, que no permiten que se les dé ningún rector, a menos que sea del número de su propia congregación; de lo contrario, incluso si brilla con las virtudes de los prodigios, no aspira al oficio de la preeminencia con ellos oponiéndose. Temen, pues, que alguna vez prefiera a otros sobre ellos; temen, que no sea que, Dios no lo quiera, les enseñe mortificación, que por vana superstición los obligue a ayunar, que ame la extremidad, que ordene cosas nuevas; que, lo que es más intolerable para todos, tal vez los restrinja de su propia voluntad. Así, así, prefieren elegir a alguien de su propio rebaño como guardián, que a alguien que venga de fuera, perfecto en toda la vida religiosa y la consumación de la santidad. Aquel, aquel ciertamente ahora se exalta como abad, aquel se juzga digno de la insignia del honor recibido, quien sabe extender los terrenos de las fincas, construir los altos techos de las casas, adquirir la abundancia de la facultad terrenal, no solo proporcionar lo necesario sino también lo superfluo a los que le han sido confiados. Pero si, al cuidar tales cosas, se pospone el cuidado de las almas: se dice que entre muchos bienes principales, cualquier culpa leve se perdona misericordiosamente. Pues todos pueden cuidar de la utilidad de su propia alma: no a todos se les ha dado, tan arduo, tan necesario proveer. Fácilmente se concede lugar al perdón, donde con esta intención descuidamos las cosas menores, para que nos preparemos más diligentemente para las mayores.

Pero si el abad, moderándose de las cosas exteriores, se dedica a los estudios espirituales, se gime, se suspira y cada uno se queja de la pérdida de la facultad doméstica. He aquí, dicen, la casa santa se destruye, nuestra posesión se disminuye, y por la negligencia de uno solo, los bienes de tantos hombres se reducen a nada. Hagamos un balance, pongamos el cálculo, desde que él recibió sobre nosotros el derecho de un poder indigno; ¿cuántos y qué ornamentos ha añadido a la Iglesia? ¿Cuántas mansiones de propiedades ha adquirido? ¿Dónde, finalmente, ha ampliado los límites de nuestra posesión? Claramente, si se investiga diligentemente el asunto, este lugar en su tiempo no solo no se ha aumentado, sino que en muchos aspectos se ve más bien disminuido. Por lo tanto, golpeados por los estímulos de estas y otras calamidades, y perturbados por la malicia de los súbditos, los abades no pueden llevar una vida tranquila, ni sudar por ganar almas, como dicta su oficio. Pero mientras hablamos de tales cosas por las depravaciones de algunos abades o monjes, que nadie sospeche que también criticamos a los religiosos y honestos. Pues humildemente besamos y abrazamos sus huellas, y en ellos adoramos a Cristo, como es digno. Tampoco corroemos con el diente envidioso de la detracción a aquellos mismos, sino que más bien lamentamos con compasión fraterna sus costumbres que deben ser corregidas; quienes ciertamente, por la negligencia de su conversación disoluta, no solo generan escándalo para nosotros, sino que también proporcionan materia a los mismos seculares para denigrar y detestar el orden sagrado.

Por lo tanto, queridísimo, has actuado de manera muy loable y prudente, a saber, al desechar el gravísimo peso del trabajo estéril, y con cuellos aligerados volar hacia el ocio de la quietud fructífera. Este consejo no te lo dio la carne ni la sangre, sino que más bien la divina misericordia te lo inspiró desde el cielo. Pues ahora tienes tiempo para preocuparte más por tu propia salvación, y estar seguro de no tener que rendir cuentas por tantas almas. Sin embargo, dado que el enemigo vetusto del género humano, que mueve mil artes de hacer daño, no cesa de golpear las mentes de los siervos de Dios, y no permite que descansen con diversas tentaciones infligidas; es necesario que vigiles con tanto más cuidado sobre tu propia custodia, cuanto que puedes desistir del cuidado de la provisión ajena. Pues has cambiado de lugar, pero no de enemigo: y a dondequiera que vayas, llevas contigo, quieras o no, la carga de tu corrupción; de la cual es necesario que surjan espinas y abrojos incesantemente, en cuya extirpación es conveniente que te ejercites infatigablemente. Faltan hombres que maquinen lanzarte las flechas de sus lenguas; están presentes enemigos invisibles, que nunca dejan de luchar ferozmente contra ti. Aquellos ciertamente podían componerse contigo en fácil reconciliación con las querellas aplacadas; estos no saben cuándo pueden ser reconciliados con el hombre en paz compuesta. Aquellos no conocen más armas que las exteriores para empuñar contra ti; estos impíamente asaltan en las mismas murallas de tu mente, luchan en la misma ciudad de tu pecho. Y, para que el combate parezca más peligroso, encuentran en tu misma carne ciertos compañeros de armas traicioneros, que se alían a su parte para aumentar su fuerza. En tus hogares vive aquello de donde tus enemigos obtienen su fuerza; y los monstruos de los vicios, cuando se levantan las guerras de los espíritus enemigos contra nosotros, asociados con ellos, nos oprimen ferozmente con sus filas compactas.

CAPÍTULO III. Con qué artes el demonio ataca a aquellos que se han abdicado de las prelaturas.

Esfuézate, pues, queridísimo, por avanzar en lo que está delante con la diligencia de la santa conversación, de modo que tu mente no sepa volver los ojos hacia atrás. Que siempre se mantenga en la memoria aquello del apóstol, donde se dice: «Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, sigo hacia el premio de la vocación celestial (Filip. III).» Que tus pies sean, como se dice de los animales sagrados por Ezequiel, «pies rectos (Ezequiel I).» Ciertamente, que sepan recorrer el camino angosto que una vez se ha tomado, de modo que se nieguen a torcerse hacia la amplitud que se ha dejado atrás con pasos retrógrados. Pues algunos, después de haber dejado el oficio de su priorato, se agitan con tales olas de tentaciones: que una lucha violentísima apenas puede encontrar lugar en su corazón. Pues los espíritus malignos les proponen cuántos y cuán múltiples frutos de almas podrían haber adquirido para Dios, si hubieran querido permanecer pacientemente en el orden en que estaban. Pues muchos, dicen, del hábito secular habrían concurrido al servicio de Cristo por tu exhortación, incluso aquellos que quedaron fácilmente se habrían contenido de sus depravaciones. Pero estos bienes los ha quitado la inestabilidad, el vicio de la inestabilidad los ha excluido. ¿Acaso naciste solo para ti, para que ningún consuelo de ti sienta tu prójimo; para que de ti, como de un árbol estéril (Mat. XXV), y por lo tanto debido a los fuegos, no broten frutos? Aquel siervo que guardó el talento de su señor en un pañuelo (Luc. XIX), no escapó de la sentencia de severa reprensión, y cayó imprudente en el peligro de la condenación, de donde, como cauteloso, pensó que se estaba proveyendo. Has dado tu recompensa a otros, has arrojado de ti la materia de adquirir la remuneración eterna.

Entre estas cosas también recuerdan los bienes de este mundo, de los cuales antes estaba rodeado; exageran la pobreza en la que ahora se encuentra infeliz; y, para que el ariete de la tentación golpee más fuerte el muro de la mente, se añade. Considera, por tanto, cuánto mejor

es estar con Dios y abundar en todos los bienes temporales, que estar en contra de Dios y carecer de todo auxilio necesario para el sustento: porque no temiste a Dios, al despreciarte y deshonrarte a ti mismo, al menos debiste procurar los bienes temporales de esta vida para tus propios usos. Ahora también se introduce subrepticamente el falso amor de aquellos hermanos, cuyo servicio devoto había utilizado; ahora se excita no poco la envidia hacia aquellos que fueron adversarios. A estos les duele, porque se quejan de haber sido engañados por aquel en quien habían confiado; a aquellos, porque se glorían de los excesos de su presunción sin castigo. A estos los considera consumidos por su caída, a aquellos los ve como enemigos que se burlan de sus desgracias. A estos los imagina oprimidos por sus rivales, a aquellos los lamenta arrogante y altivamente exaltados en los cuernos del orgullo. Estos y muchos otros fantasmas de pensamientos el espíritu maligno introduce en las mentes humanas, especialmente en aquellas que no se rodean de una fuerte custodia de previsión. De aquí que veamos a algunos, que antes se sentaban con gran fervor en el cargo, luego apresurarse con la insistencia de una ambición desmedida al mismo vómito; y rodeados por la densidad de múltiples tentaciones, o llegan a lo que desean, o se enfrían en el fervor de la obra santa en la que ardían.

Tú, sin embargo, amadísimo, según tu prudencia, cíñete como un fuerte guerrero con las armas de las virtudes, siempre preparado en la línea de batalla contra las insidias del astuto enemigo, desprecia la vana gloria de este mundo, menosprecia los halagos de la felicidad terrena, considera todo lo que en el siglo parece atractivo como un sueño de imaginación engañosa, que tu corazón se encienda con todas sus entrañas hacia aquella verdadera bienaventuranza de la patria celestial. Cuando la lucha crece, cuando el estruendo de las tentaciones se intensifica, que tu mente alegremente huya de inmediato a este puerto, y como en una cierta fortaleza de munición descansa deleitadamente, para que se cumpla lo que dice el Salmista: «Los esconderás en el secreto de tu rostro de la perturbación de los hombres, los protegerás en tu tabernáculo de la contradicción de las lenguas (Salmo XXX).» Por lo tanto, dejando de lado la pereza de la inercia, vigila prudentemente en el estudio de todas las virtudes, persevera inamovible en lo que has comenzado. No te arrepientas de haber dejado el monasterio, sino que más bien tu conciencia te reprenda por haberte despertado tarde, para que, eligiendo ahora ser pobre con Cristo temporalmente, disfrutes con Él de las riquezas inmortales en la gloria del reino eterno; y entre los abades elegidos te ordene ser constituido en la resurrección, por cuya causa en esta vida te has depuesto del orden de los abades. He aquí, amadísimo Padre, provocado por la dulzura de tu amor, mientras me esforzaba por escribirte más, he excedido el modo de brevedad epistolar; pero ruego al omnipotente Señor, que estas palabras rústicas e inexpertas te sean de provecho, y que en compensación por ellas tu santidad no cese de orar por tu siervo.

Bendito sea el nombre del Señor.